

cuerpo vivo se sostiene en el soma y en los procesos somáticos que le vinculan a la materialidad viviente para realizarse. Por cierto, esta distinción entre organismo y soma que establece el autor, guarda un paralelo con la concepción de García Bacca, nuestro gran filósofo científico.

En las conclusiones finales de esta obra, Faustino Córdón afirma que se percibe una tendencia en todos los organismos vivos de hacer su acción cada vez más eficaz, más densa, para llegar a un perfeccionamiento gradual y progresivo, como si obrasen con arreglo a un fin que no tienen. También propenden a una integración más perfecta, a una asociación más compleja, a constituir unidades más diferenciadas. Ley dialéctica que asciende de lo inferior a lo superior que Engels, ingenua pero genialmente, descubrió como cambio de la cantidad en cualidad y que se manifiesta en el paso de la materia inorgánica a los cuerpos organizados y en la evolución de la vida terrestre que culmina en el hombre.

Otro aspecto importante de este libro, es la crítica a la investigación y a la ciencia de nuestros días. Afirma el autor que la ciencia continúa siendo lo que fue durante el siglo XIX: analítica y descriptiva. No ha llegado todavía a una interpretación teórica de los hechos científicos, originando lo que llama el autor una devoción beata por la ciencia, que cae en la irracionalidad.

¿Cómo salir de esta crisis de la ciencia? El autor propone una nueva organización social que permita al trabajador científico entregarse a la investigación teórica, sin búsqueda de ventajas prácticas ni resultados inmediatos. Esta nueva ciencia, liberada de su alienación industrial, solamente puede surgir de una transformación completa de las estructuras de la sociedad. ■

CARLOS GURMEDEZ.

Lenz, acaso un compañero del 68

Los libros generacionales —de y sobre la generación de una— tienen de bueno y de malo que se leen con pasión. Hacen referencia a momentos, problemas y situaciones que pudieron formar parte de nuestra propia Historia, contrastándola a veces; otras, abriéndose a la identificación; siempre, estableciendo una discusión muy especial. Involu-

crándonos en la narración que nos obliga a sacar del cajón los recuerdos y, quizá, desempolvando las ideas, las casillas en que guardábamos, bien etiquetado, aquel trozo de historia. A mí me ha pasado con "Lenz. Un relato", del alemán Peter Schneider (1).

"Lenz" es una particular novela de aprendizaje. Nos cuenta el proceso que se establece, de manera convulsa y problemática, entre las obsesiones individuales y los problemas colectivos, para un muchacho alemán, en el marco de los grupos estudiantiles, en pleno 68.

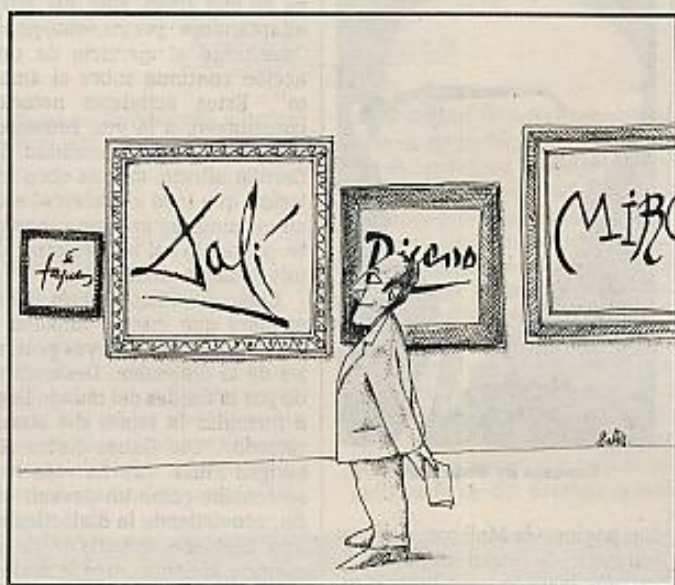
"Lenz" es, además, casi un alegato, finalmente optimista, y casi todo el tiempo confuso, de una crisis y la generación que la sufre. Y es también, y antes que nada, una novela de personaje;

bre que es una máscara entre la serie de iniciales que nombran a la mayor parte, a casi todos los demás personajes que aparecen. Una máscara que individualiza escasamente todo un inconsciente de grupo y de época: el movimiento estudiantil radical y rebelde, y la manera en que hace eclosión precisamente en 1968.

Así pues, todo un cúmulo de problemas sociales, políticos, personales, planteados y resueltos con pasión: el papel de los estudiantes, en el campo social, visto con desilusión, con una mezcla de pesimismo y desprecio. La institución universitaria, en crisis que todavía parece insimilable. Esa necesidad que desde nuestra perspectiva parece romántica, pero que se sentía como absolutamente necesaria y

relato que, de hecho, no nos ofrece verdades, sino problemas.

Entre el optimismo adolescente y el pesimismo romántico, ahogado por esa incomunicación especialmente sentida, Lenz avanza hacia una estabilización personal seguramente abrupta. Un cambio de paisaje y de costumbres, que le lleva al olvido de sus obsesiones puramente individuales. Los problemas personales, dice, se resuelven en una praxis revolucionaria. Cuando deja la caliente Italia, las revueltas estudiantiles están comenzando en Alemania. La huelga general más larga de la Historia pasará poco más tarde en Francia, Méjico, Checoslovaquia y, después, España. Esta sensación de estrenar los problemas y, sobre todo, las soluciones, que no ha vuelto a repetirse, es, antes que nada, lo que le hace un texto nuestro. Lo que nos hace reencontrar al enloquecido y pasional buscador que, quizá, fuéramos a los dieciocho años. ■ ROSA MARIA PEREDA.



contada desde el exterior, en una tercera persona absolutamente presentativa y fría, se trata de la vida y problemas de Lenz, el protagonista. Hay que aclarar: los problemas que su "status", el momento histórico y la ideología propia presentan a Lenz. Y aquí, esto es, en la historia fielmente captada, sólo en un mínimo de datos es donde se establece esa lectura cómplice a que me refería antes. Porque, curiosamente, no hay problema sentido vitalmente y en colectivo por los jóvenes de esa época, que no se plantee Lenz: de hecho, él es un personaje casi típico, y como en el antecedente literario de Buchner, es simplemente el nudo en que se debate la contradicción entre la soledad y el desarriago personal, y la intervención política. De hecho, un nom-

vital, de realizar un "trabajo productivo", y que, exigiendo la relación entre la Universidad y la fábrica de manera más íntima, llevaba a los estudiantes a la proletarianización. El descubrimiento del amor y el sexo, unido a la crisis de la religión y la familia, que planteaba y generalizaba unas relaciones amorosas más libres, pero de ninguna manera desprovistas de problemas. Y en otro orden de cosas, ese cansancio revolucionario, que hace a todos estos movimientos —a ese movimiento contagioso y general— situarse voluntariamente en terrenos extraparlamentarios, fuera de cualquier cauce legal, y al margen de todas las componendas. Lenz, estudiante proletarianizado y rebelde sin causa, capaz de escapar lejos, a otro mundo, vive todo esto en concreto y en angustia. Su infancia, su familia, su soledad y desarraigo van y vienen en un

San Genet

La obra de Genet —prosa, verso y teatro— constituye uno de los más variados muestrarios de transgresiones —de negaciones, nunca— a la moral vigente que se puede encontrar en la literatura contemporánea; muestrario avalado por una práctica personal del mal, que lo coloca a una altura muy superior a la de la obra de los literatos de oficio que han jugado al satanismo. Sus personajes —sombras, traspasos del autor— emplean un sistema de valores que trata de ser el opuesto al que las normas sociales establecen como "bueno".

Sin embargo, Genet no es un rebelde ni un revolucionario, no es un destructor; esta es una de las muchas diferencias que le separan de los "malditos" tradicionales. El marqués de Sade, por ejemplo, utiliza el concepto de perversión para desmontar los mecanismos de una sociedad que considera injusta, actúa como moralista. Genet acepta implícitamente los valores de dicha sociedad, a la que no juzga. Ahora bien, situado desde siempre en el bando de los perdedores —educado en el hospicio, conocedor desde niño de humillaciones, reformatorios y cárceles— trata de situarse en las antípodas de aquellos que le oprimen y de alcanzar una especie de

(1) Peter Schneider: *Lenz. Un relato*. Ed. Anagrama. Barcelona, 1976.